

fortuna de los ciudadanos. Hoy, cuando incesantemente se repite que debemos juzgar de todo por los hechos, estas lecciones no deben olvidar los pueblos que desean constituir la república que les dé felicidad y libertad.



CAPÍTULO XIV

Mirada retrospectiva. — El poder escalado. — Programas liberales. — ¿Qué entienden algunos hombres públicos por libertad é igualdad? — Consecuencias de la exageracion de principios que proclamaba el gobierno. — *¡Los retozos de la democracia!* — Memorias de un general. — Desorganizacion moral. — Desorganizacion social. — ¿Qué hicieron los rojos de la autoridad? — ¿Qué de la república?

Un hecho tan grave como el que representa á la autoridad suprema de una república democrática asumiendo la dictadura y haciendo pesar sobre los pueblos el azote mas terrible que pudiera mortificarles, supone en los hombres que lo consumaron falta de convencimiento y de fe en los principios que proclamaban. Frecuentemente se ha dicho que de la licencia al despotismo no hay mas que un solo paso, y en vista del suceso á que hemos aludido, bien podríamos añadir que la licencia lleva en sí misma el despotismo. La historia de la Nueva Granada, en las páginas que contienen los sucesos de la administracion de Lopez y de su sucesor Obando, ofrece una demostracion mas de esta verdad, despues de tantas como presentan las crónicas de los pueblos del Viejo y del

Nuevo Mundo. ¿Quién derramó en Inglaterra mas sangre que Cromwell? ¿Quién levantó en Francia la guillotina? ¿Quién organizó en la Confederacion Argentina la terrible mas-horca? Y Cromwell, sin embargo, se apellidaba libertador del pueblo y restaurador de sus derechos; los demagogos franceses apoyaban sus devastaciones en el pueblo, y el dictador argentino empleaba las masas populares para sostener su ominoso despotismo. Mancha es esta de la que no podrán jamas lavarse los que se dicen rojos y liberales, « que fueron déspotas cada vez que gobernaron. »

La Nueva Granada vió levantarse con la presidencia de Lopez los negros nubarrones que derramaron sobre la república á torrentes males de un nuevo género que los sufridos hasta allí. El partido que lo elevaba al poder habia azuzado las pasiones del pueblo bajo y publicado programas equivalentes á una revolucion radical. Las personas y propiedades sin garantías, la autoridad sin medios de gobierno, los empleos de administracion sin responsabilidad, los magistrados que administran justicia hechos el juguete de la plebe que los elige y los depone á su antojo, los delitos sin represion, y el ciudadano, en fin, que en muchos casos no se somete á las prescripciones de la ley sino por temor de incurrir en las penas que esta misma sanciona contra los delinquentes, sin freno capaz de contener sus malas pasiones, tal es en resúmen el programa de los hombres que se apoderaron del poder, halagando los instintos de un pueblo que habia de abandonarles tan luego como conociese que las promesas contenidas en él no podian

realizarse, y que los crédulos no habian sido sino una escala para la elevacion de los que miran la cosa pública como cualquiera otra especulacion.

La libertad y la igualdad, palabras que fascinan á los incautos, pero que para los hombres que piensan nunca podrán ser sino redes que aprisionan á muchos para elevar la ambicion de pocos, las entendió el pueblo rudo como era natural. La libertad la tradujo por licencia y la igualdad por anarquía. Ni puede suceder de otra manera cuando á hombres que no comprenden sino lo material de las palabras, se les predica estas estimulándoles á obrar segun su significacion. La voz de libertad fué para los hombres del gobierno una fuerte palanca para mover á los pueblos á sacudir el yugo de las antiguas leyes y para que unidos los demagogos á los descontentos y á todos cuantos deseaban mejorar su posicion social, pidiesen en reuniones tumultuosas la reforma de las instituciones fundamentales de la república. Fué tambien la libertad para los hombres del pueblo la garantía que el poder dió oficialmente á sus pasiones desordenadas, y la salvaguardia concedida para cometer impunemente toda suerte de excesos, sin excluir los mas groseros y repugnantes. A estas dos clases de personas son á las que vemos explotando el especioso nombre de la *libertad* en beneficio de sus intereses, los unos con malicia refinada y los otros por ignorancia ó por mera simplicidad. La igualdad no fué tampoco mejor comprendida en este caso, pues al magistrado que ejercia los deberes de su cargo se pretendió igualarle con el simple ciudadano obligado á someterse al que gobierna en

nombre y con autoridad de la ley, y rebajarle en el ejercicio mismo de su autoridad hasta ponerle al nivel con el simple ciudadano, á quien esa misma ley ninguna distincion concede entre sus demas conciudadanos. Ninguna diferencia social se quiso que existiese; al negro y rudo patan que trabaja en las plantaciones de cacao y que en sus maneras toscas, en sus hábitos groseros y en sus costumbres repugnantes opone una barrera formidable á todo hombre que gozó del beneficio de una educacion esmerada, se le hizo comprender que tenia derecho para introducirse en la sociedad íntima de aquel, y al doméstico que estaba sometido al señor de quien recibia su salario, se le hizo mirar como injusto su respeto hácia él. A unos y á otros se les instigó en muchos casos para que quebrantando sus deberes hiciesen efectiva esa mentida igualdad que se les inculcaba.

De las consecuencias de este desórden pronto fueron victimas los pueblos. Los hechos publicados por la prensa de la Nueva Granada (1) sobrepujan toda exageracion: hordas de negros se entregaban á toda suerte de excesos en las poblaciones y en las campiñas del Cauca; asesinatos, robos, violencias y crímenes que el pudor prohíbe nombrar, eran cometidos bajo la salvaguardia de la libertad y de la igualdad; los que administraban justicia, ó no querian ó no podian alguna vez reprimir esos atentados contra el derecho natural, y cuando los clamores de tantas victimas inmoladas por la barbarie de estos *sostene-*

(1) Año de 1851. Véase especialmente la *Civilizacion*.

dores del gobierno y apoyos de la administracion (1) llegaron á oírse en el recinto de las cámaras, cuando, decimos, los representantes de esos pueblos interpelaron al presidente de la república para que diese cuenta al congreso nacional de las medidas que hubiese tomado para reprimir aquellos desórdenes, y cuando esos mismos pueblos tomando las armas protestaban contra el poder que permitia los crímenes y simpatizaba con los que los cometian, el presidente de la república decia á la nacion: « que sentia la enormidad de los hechos que se le denunciaban, pero que el gobierno no podia refrenarlos sin detener la marcha triunfante de un pueblo soberano y árbitro de sus destinos. » Asusta oír al magistrado supremo de una república hacer de esta manera la apologia de los excesos mas repugnantes, y confundir á la vez la soberania de las leyes con el desenfreno de los vicios y á la noble libertad que aquellas garantizan al ciudadano, con la torpe y criminal licencia que sacrifica á las viles pasiones de unos pocos los derechos mas preciosos de todos los honrados habitantes de un Estado libre. Pero mas asusta todavía, cuando se considera que el mandatario que se hace sordo á los clamores de sus gobernados que le piden justicia, se dice liberal y partidario ardiente de la democracia, y ese mismo á quien eran indiferentes los ayes que arrancaba la brutalidad *de los sostenedores del gobierno* en las provincias del Cauca, se conmovia y enternecia en presencia de uno de esos cuadros que la ejecucion de las leyes represivas de los delitos presentan en todo país civilizado.

(1) Así los llamó la prensa ministerial.

Con frecuencia se ha acusado de inconsecuentes á los prohombres de la democracia y del socialismo revolucionario, y yo, cotejando la conducta observada por el presidente de la Nueva Granada que en el castillo de Sant' Angelo, donde, segun refiere el mismo en sus Memorias, » lloraba viendo presos á un célebre bandido y á un clérigo sacrilego, porque encontraba en ellos dos víctimas del despotismo sacrificadas en un recinto de iniquidad cuya presencia le hacia sufrir angustias inexplicables, » y la conducta enteramente opuesta que guardaba ese mismo presidente con los desgraciados oprimidos por los agentes de su gobierno, me radico mas y mas en la opinion de que una gran parte de los que figuran en política no tiene siempre conciencia ni opinion fija, sino que cambian segun lo exigen sus intereses, las circunstancias y los tiempos. Los generales que publican voluminosas memorias para decir á la sociedad que no se encontraron en las batallas mas gloriosas de la independencia de su patria, que á las pequeñas escaramuzas en que mandaron llaman « jornadas memorables, » que no se ruborizan de referir provocaciones á duelo hechas á sus jefes y que, en fin, por *la moda* de manifestar liberalismo, encontraban tiranía, malestar y vicios degradantes en los Estados donde los soberanos combatieron la anarquía revolucionaria; esos, siguiendo la moda, llamarán cuando les convenga libertad á la tiranía vergonzosa y marcha triunfante de la democracia á excesos que solo parecerian disculpables en la historia de las tribus del Congo ó entre los cabezas plateadas de los montes pedriscos. A pueblos faltos de luces fácilmente se les

alucina, y á esta verdadera miseria de nuestra flaca humanidad debemos atribuir el hecho sorprendente que nos presenta apareciendo como candidatos para los primeros cargos de la república á los individuos que no vacilaban en llamar *retozos de la democracia* á los crímenes infames, y á los mas viles insultos hechos á la libertad y á la dignidad humana.

La desorganizacion moral que produjo en la Nueva Granada la conducta del gobierno relativa á los abusos cometidos por sus partidarios, alcanzó no tan solo á los miembros del cuerpo social considerados en sus relaciones políticas, sino tambien á los individuos de las familias unidos por vínculos mas estrechos. Hemos indicado poco ántes cuán profunda fué la impresion que los discursos subversivos dirigidos á la multitud hicieron en su conciencia y cómo le arrebataron esa subordinacion justa y necesaria que debe existir en todo individuo para su propio bien. El padre de familia lamentó los extravíos de su hijo, conducido engañosamente á los clubs é imbuido allí en principios de una independencia ilimitada que le hicieron desconocer y negar los derechos paternos; y los superiores de colegio encontraron que en el corazon tierno de sus alumnos « el hombre enemigo » derramaba semillas perniciosas que producian frutos amargos para la moral. El orgullo, la independencia y la arrogancia sin limites aparecieron en muchos que poco ántes eran tenidos como bello modelo de virtudes escolares y se vió con escándalo á uno de esos jóvenes alucinados, en el acto solemne de recibir un premio, con arrogancia desmedida y delante de las autoridades arro-